



La pesca comercial y el estudio de la fauna marina en la Argentina, 1890-1930

Commercial fishing and the study of marine fauna in Argentina, 1890-1930

Susana V. García

Investigadora, Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas; Museo de La Plata/Universidad Nacional de La Plata.
Paseo del Bosque, s/n
1900 – La Plata – Argentina
garcia_su@yahoo.com.ar

Recebido para publicação em janeiro de 2013.
Aprovado para publicação em outubro de 2013.

<http://dx.doi.org/10.1590/S0104-59702014000300003>

GARCÍA, Susana V. La pesca comercial y el estudio de la fauna marina en la Argentina, 1890-1930. *História, Saúde, Ciências – Manguinhos*, Rio de Janeiro, v.21, n.3, jul.-set. 2014, p.827-845.

Resumen

Este trabajo examina la relación entre el desarrollo de la pesca comercial marítima y el estudio de la fauna marina en la Argentina de fines del siglo XIX y las primeras décadas del siglo XX. Se analizan las investigaciones ictiológicas, la comercialización de productos marítimos frescos y las oportunidades que ofrecieron los mercados urbanos para la formación de colecciones. También se focaliza en los inicios de la pesca de altura que posibilitaría la captura y estudio de nuevas especies así como la acumulación de información sobre el ambiente marino.

Palabras claves: pesca comercial; ictiología; formación de colecciones; barcos pesqueros.

Abstract

This paper examines the relationship between the development of commercial maritime fishing and the study of marine fauna in Argentina between the end of the nineteenth century and the first decades of the twentieth century. It analyzes ichthyological research, the commercialization of fresh maritime products and the opportunities that urban markets offered for the creation of collections. It also focuses on the beginnings of deep-sea fishing, which would make it possible to capture and study new species as well as gather information about the marine environment.

Keywords: commercial fishing; ichthyology; creation of collections; fishing boats.

A pesar de su importancia y extensión, el espacio marino y sus organismos tardaron en ser incorporados como objetos de investigación científica en la Argentina. Para contrarrestar la falta de infraestructura específica, los naturalistas recurrieron a oficiales navales, marinos, pescadores y consignatarios de pescado para reunir colecciones e información sobre los animales marinos. Por eso, podemos decir que el estudio del mar surgió en el entramado de agentes, instituciones e instalaciones con prioridades e intereses muy diferentes. En las últimas décadas, el énfasis en las redes humanas que conectan el trabajo de los naturalistas a una variedad de mundos sociales ha generado una importante literatura sobre la naturaleza comunitaria del trabajo científico. Como han mostrado diversos historiadores de la ciencia, el acceso a información y muestras de estudio crean vínculos entre miembros de mundos sociales diversos, articulando frecuentemente actividades científicas y comerciales. En ese sentido, la historia de los objetos y los espacios de la ciencia conduce, por un lado, a la relación entre el campo, el gabinete y los poseedores de un conocimiento local sobre las cosas (Kuklick, Kohler, 1996) y por el otro, a las maneras de ordenarlas y colocarlas en un lenguaje universal a través de la descripción y la clasificación (cf. Podgorny, Lopes, 2008; Cook, 2007; Podgorny, 2011, 2013a).

A fines del siglo XIX, gracias a los mercados urbanos, las rutas comerciales y la organización de la pesca comercial marítima, los científicos pudieron acceder a diversos ejemplares de peces e invertebrados marinos, hasta entonces desconocidos en los museos argentinos. Los medios de transporte jugaron un papel importante en la comercialización de nuevos productos marinos en la plaza de Buenos Aires, donde los zoólogos podían comprar especímenes frescos para diferentes estudios y la formación de colecciones. Como en siglos anteriores, la diversidad de la naturaleza aparecía en los mercados: en esos espacios urbanos de concentración y venta de productos, antes que en los museos, los especímenes fueron clasificados, nombrados y exhibidos (Findlen, 1994; Cook, 2007). Los objetos de la naturaleza, puede decirse, comparten este carácter de mercancía, novedad científica y espécimen de museo. En las siguientes páginas se profundiza en estas cuestiones, examinando los estudios y publicaciones sobre la fauna marina en la Argentina de fines del siglo XIX y primeras décadas del siglo XX. Durante este período, la dificultad de contar con una infraestructura propia para las investigaciones marinas fue uno de los factores condicionantes de la supervivencia de prácticas de colección de materiales marinos, como el uso de los mercados, que por lo general se asocian a la modernidad inicial.

Este trabajo procura analizar, principalmente, ciertos aspectos de la relación entre las ciencias naturales y los inicios de la pesca comercial marítima. En particular, se focaliza en la comercialización de productos marítimos frescos y las facilidades que ofrecieron los mercados urbanos para la formación de colecciones e investigaciones ictiológicas. Junto a ello, se exploran las maneras en que se trató de compilar y procesar las observaciones y la experiencia empírica de los pescadores y también la organización de la pesca de altura que hizo visible nuevas especies para el público y la ciencia argentina.

Lo que traían los pescadores y se vendía en el mercado

En 1895, el director del Museo Nacional de Buenos Aires, el zoólogo ruso-alemán Carlos Berg, publicó una enumeración de 108 especies de peces marinos y aguas salobres de las

costas argentinas y uruguayas.¹ Este catálogo incluía formas nuevas para la ciencia y la existencia de varias especies que hasta el momento no se habían registrado en el Atlántico sur o en la desembocadura del río de la Plata. Este era un primer esfuerzo por sistematizar lo conocido hasta ese momento sobre los peces marinos de estas costas y conformar una colección y su exhibición en el museo porteño, especialmente usando los especímenes frescos comercializados en Buenos Aires. Con ello se ampliaba el número de animales que posteriormente se considerarían parte de la “fauna argentina”.

De forma paralela, en el Museo de La Plata, se había contratado en 1893 a un zoólogo francés, Fernando Lahille, para el estudio de los animales acuáticos y el ambiente marino (López, Aquino, 1996; García, 2009) que comenzaba a pensarse como una fuente potencial de riqueza y parte de los “bienes privados de la Nación”. Como señala Podgorny, la creación y exhibición de colecciones de historia natural, con sus correspondientes catálogos, implicaría la “argentinización” de la flora, la fauna, los minerales y fósiles hallados en el territorio (Podgorny, 2000). Paralelamente, se buscaría reforzar, a través de diversas exposiciones, armado de colecciones y museos abiertos al público general, la idea de una naturaleza pródiga (Podgorny, Lopes, 2008). Pero antes que en los museos, un pequeño muestrario de la diversidad de la fauna marina podría observarse en los puestos de pescado de los mercados urbanos. Estos sitios serían un nodo importante en las redes de provisión de información y de especímenes a los que recurrieron tanto Berg como Lahille y una posterior generación de naturalistas argentinos.

En el caso de Berg, su interés por la ictiología y algunos invertebrados marinos pareció comenzar durante su estadía en Montevideo entre 1890 y 1892, mientras dirigía el Museo Nacional de Historia Natural de esa ciudad (Lopes, Podgorny, 2000a, 2000b). Recordemos que este naturalista había llegado a la Argentina en 1873, convocado para trabajar en el Museo de Buenos Aires donde permaneció tres años, ejerciendo luego de profesor en el Colegio Nacional y en la Universidad de Buenos Aires (Gallardo, 1902). Aunque los estudios entomológicos fueron su predilección, Berg también publicó trabajos sobre otros grupos zoológicos. Durante su residencia en Montevideo, empezó a reunir especímenes de la fauna ictiológica, donde disponía de ciertas facilidades. En la capital uruguaya existía una comunidad de pescadores que no solo abastecían el consumo local sino también a la ciudad de Buenos Aires, remitiendo diariamente lo pescado en los llamados “vapores de la carrera” que unían ambas capitales en un viaje de alrededor de 10 horas. Durante el siglo XIX, lo adquirido a los pescadores y vendedores de Montevideo por viajeros y capitanes europeos o norteamericanos ayudó a ampliar las colecciones de varios museos y el espectro de peces conocidos en esta parte del Atlántico. De esta forma, algunos catálogos europeos de peces sudamericanos indicaban como localidad el mercado de Montevideo, combinando lo obtenido en sitios puntuales en el mar con lo comprado en los espacios urbanos.

Con las facilidades que ofrecía la capital uruguaya, Berg comenzó un estudio de los peces circumplatenses a partir de los ejemplares y los informes provistos por los pescadores locales y lo reunido por el preparador y el ayudante de zoología del museo uruguayo. Cuando Berg se radicó nuevamente a Buenos Aires, ambos empleados continuaron enviándole ejemplares y noticias sobre el hallazgo de ciertas especies. Como reconocimiento por esa ayuda, Berg les dedicó, a cada uno, el nombre de una nueva forma ictiológica. Por motivos similares, bautizaría

otra especie (*Pinguipes somnanbula*) con el nombre del conocido restaurante Sonámbula de Buenos Aires, frecuentado por naturalistas, universitarios y miembros de la élite porteña, cuyos propietarios le donaron un raro ejemplar pescado en Mar del Plata (Berg, 1895). Este no sería el único caso en que elegantes restaurantes porteños satisficieran no solo los gustos culinarios y de sociabilidad de los naturalistas sino también sus intereses científicos. Algunos restaurantes así como los puestos de pescado de los mercados exhibían ejemplares curiosos que atrajeron la mirada del público y de los sectores científicos. Según los comentarios de la época, los productos pesqueros eran una mercancía cara en Buenos Aires y su consumo se restringía a las clases más pudientes y a algunos sectores de inmigrantes que mantenían sus costumbres alimenticias.

Durante la década de 1890, junto a la pesca fluvial y a los productos conservados importados de Europa, se comercializaban en Buenos Aires especímenes marinos frescos, introducidos diariamente desde Montevideo. Por esos años, comenzaron a llegar en tren remesas de pescados y mariscos frescos del litoral atlántico bonaerense, principalmente desde Mar del Plata, distante a unos 400km o diez horas en tren, y en menor medida de Bahía Blanca, a más de 680km o 19 horas de la capital federal. La extensión del ferrocarril, durante la década de 1880, acortó la distancia entre la capital argentina y el mar, posibilitando la llegada de estos nuevos productos al mercado porteño y de ahí a la mesa de disecciones de los naturalistas. En Septiembre de 1886 se inauguró el ramal ferroviario que unió Buenos Aires con Mar del Plata, localidad que se consolidaría como el primer balneario marítimo del país (Cacopardo, 1997; Pastoriza, 2002). Allí la pesca se organizó en el verano para consumo de una incipiente población turística de alto poder adquisitivo. Inicialmente, pescadores italianos se trasladaban en tren desde Buenos Aires para trabajar temporariamente en la pesca durante el verano (Fermepin, Villemur, 2004). Algunos se fueron instalando en Mar del Plata, conformando una pequeña comunidad de pescadores que con el tiempo se volvería el centro pesquero más importante del país (Mateo, 2002, 2004). Estos primeros pescadores se dedicaron a la pesca artesanal, operando cerca de la costa con botes y pequeñas embarcaciones a vela, las cuales después de cada salida eran varadas en la playa por falta de un puerto adecuado. Fuera de la temporada balnearia, lo pescado se mandaba en tren a Buenos Aires, ciudad que constituía la principal plaza de consumo para esta insipiente actividad pesquera. Durante gran parte del año, la salida al mar era determina por los días y el horario del ferrocarril y el estado del mar. Los pescadores trataban de estar de regreso cuatro o cinco horas antes de la salida del tren nocturno, con lo cual los productos llegaban en la mañana temprano a Buenos Aires (Lahille, 1901). Como no se disponía de instalaciones ni vagones frigoríficos, ya que el Ferrocarril Sud destinaba esos vagones para otras industrias, era indispensable reducir el tiempo entre la pesca y el transporte de los productos. Para el envío a Buenos Aires, los delicados langostinos, camarones, crustáceos eran sumergidos en agua hirviendo para darles la consistencia necesaria para su transporte, mientras los pescados se limpiaban y frecuentemente se le sacaban las vísceras. Luego, se ubicaban por especie en canastas o cajones, agregando hielo en los meses de más calor. Estas remesas debían llegar bien temprano a Buenos Aires para poder ingresar en los mercados, donde las disposiciones municipales permitían la venta de pescado hasta las diez de la mañana en verano y las 12 en invierno. En estos lugares, los naturalistas hurgaron en los puestos de expendio y en las mesadas de exhibición en busca de especímenes raros

que serían más provechosos de coleccionar y diseccionar que comer. Durante las primeras horas de la mañana, en lugares como el Mercado del Centro, sería factible observar una pequeña muestra del mundo marino recolectada por los pescadores el día anterior. Así, el ritmo del mercado fue integrado en los patrones de las actividades de los naturalistas: las visitas matutinas a estos sitios y en las diferentes estaciones del año permitían deducir la abundancia, la estacionalidad o la aparición temporaria de ciertas especies cerca de la costa.



Figura 1: Puesto de pescado en un mercado de Buenos Aires (c.1924, Archivo General de la Nación)

Al terminar el siglo XIX, cada grupo de pescadores de Mar del Plata tenía un consignatario encargado de las ventas en Buenos Aires. Los pescadores le avisaba por telegrama de las remesas mandadas en el ferrocarril y el consignatario le comunicaba, cada dos o tres días, también por medio del telégrafo, los precios de venta de los productos (Lahille, 1901). Los zoólogos de los museos argentinos recurrirían a esta red de comunicación y comercialización para la provisión de ejemplares e información (García, 2009). En particular, los dueños de los puestos de pescado del Mercado del Centro, ubicado a pocos pasos del museo porteño, tuvieron un papel importante como proveedores de especímenes a esa institución. También el zoólogo del Museo de La Plata, Fernando Lahille, recurriría a los mismos despachantes de pescado fresco para reunir material de estudio y de canje con otras instituciones durante los cinco años que trabajó para el museo platense.² Por más de tres décadas, Lahille continuó visitando periódicamente los lugares de concentración y venta de pescado en Buenos Aires. Este naturalista combinaría las observaciones en los mercados urbanos con la inspección de distintos puntos de la costa y la interacción con los pescadores. Por varios años, insistió en la necesidad de organizar exploraciones marinas en el litoral argentino y laboratorios acuáticos. No obstante, durante el período estudiado, los recursos estatales y los apoyos de los funcionarios de turno fueron fluctuantes y pocos sostenidos para desarrollar un programa de investigaciones marinas. Posteriormente, Lahille (1913, p.19) reconocería: “El poco interés que se presta al estudio de las riquezas del mar no me ha permitido realizar aún las campañas de pesca que solicito desde tantos años ... el conocimiento de casi todas las especies nuevas para el país o para las ciencias lo debemos al concurso benévolo de nuestros escasos pescadores”.

Los mercados del centro de Buenos Aires constituyeron sitios fundamentales para obtener cómodamente diversos animales marinos y noticias sobre su procedencia y abundancia. Sin embargo, se advertían las limitaciones de catalogar los peces marinos por esta vía y de dar una idea de su distribución geográfica, en gran parte por las escasas zonas de pesca explotadas:

Muy pocas son hasta ahora las estaciones de pesca, de donde llegan á los mercados y, principalmente por estas vías, á nuestro conocimiento las especies de peces recogidos. Las aguas de Mar del Plata y Montevideo son los lugares que en primera línea proporcionan material de esta clase á la cocina y á la investigación científica, apoderándose en muchos casos la primera hasta de especies nuevas, antes de que puedan llegar al gabinete de estudio. Por otra parte, no siempre recogen toda clase de peces para el mercado, sino los que están confirmados en gracia de la gastronomía ó economía casera (Berg, 1895, p.1-2).

Como se mencionaba en la época, muchas especies no se explotaban, eran devueltas al mar o consumidas localmente, sin enviarse a los mercados urbanos por no alcanzar buen precio o no estar instalados en los hábitos de consumo y saberes de las cocineras. Para beneficio de la ciencia, los gustos culinarios y la aceptación de ciertos animales fueron variando, posibilitando la llegada y venta de nuevos productos en los mercados porteños. La comercialización de algunas especies fue cambiando, como en el caso de las rayas: “Al principio de la explotación de la pesca en Mar del Plata, las rayas eran difícilmente aceptadas en el mercado de Buenos Aires. Ahora, por el contrario, son muy buscadas. Su venta se hace con facilidad y es muy remunerada” (Lahille, 1895, p.157). En cambio, la venta de tortugas marinas, apreciadas antes por su carne, fue decayendo en la plaza porteña al iniciarse el siglo

XX y su precio disminuyó tanto que algunos consignatarios optaron por regalar ejemplares al Jardín Zoológico (Zabala, 1910). En ese sentido, la ciencia constituyó una salida alternativa para los especímenes extraños o no apreciados por el público, encontrando consumidores entre los pocos naturalistas interesados en las diversas formas que habitaban el mar.

Los proveedores de pescado fresco en Buenos Aires rápidamente aprendieron a satisfacer las necesidades de los científicos, no sólo atendiendo sus encargos, sino también donando especímenes y enviándoles los ejemplares raros o desconocidos que les llegaban. Los pescadores y empleados del mercado, acostumbrados a ver y clasificar cientos de ejemplares de los mismos animales, podían distinguir nuevas formas o las que presentaban anomalías, las cuales a veces ofrecían a los naturalistas para su interpretación. Junto con los especímenes, podían aportar detalles sobre el estado y color que tenían recién pescados o sobre ciertos rasgos morfológicos que se perdían o modificaban durante el transporte hasta el mercado. Los pescadores también proveían información sobre las épocas del año y las zonas donde se capturaban o eran más abundantes. De esta forma, las interpretaciones y descripciones de los naturalistas se fueron modelando tanto a partir de sus propias observaciones y las de otros investigadores como de los comentarios de los pescadores y los vendedores. En particular, Berg (1895, p.4) reconoció la ayuda prestada por estos últimos para la formación de las colecciones del Museo Nacional de Buenos Aires y el catálogo de peces marinos de 1895:

Tengo el deber de manifestar mi agradecimiento á los propietarios de los puestos de pescado n° 77 y 78 del Mercado del Centro, D. Juan Garillo, D. Antonio Rumi, D. Lucas Groppo, quienes, lo mismo que sus dependientes, han contribuido con suma complacencia no sólo en fomentar las colecciones del Museo, sino en presentarme el material necesario para el estudio, cooperando de tal manera á la ejecución de este estudio.

Contando con esa ayuda y la de otros colaboradores y algunos veraneantes de Mar del Plata que enviaron animales desconocidos, Berg publicó, entre 1893 y 1902, año de su muerte, una serie de comunicaciones ictiológicas y algunas notas sobre crustáceos marinos, entre otros trabajos zoológicos. Para la descripción sistemática de los peces, siguió los trabajos contemporáneos de los ictiólogos norteamericanos y las reglas de nomenclatura adoptadas en los dos primeros congresos internacionales de zoología, realizados en París (1889) y Moscú (1892). Junto al nombre científico en latín de cada especie, agregó las designaciones vulgares empleadas localmente y los distintos términos científicos dados por otros autores para lo que se consideraba una misma especie. La biblioteca del museo porteño y sus conocimientos lingüísticos, en particular el griego y latín, le permitieron rectificar varios nombres científicos así como las ortografías dudosas o erróneas y establecer la correcta etimología de los términos técnicos. Este trabajo de clasificación y determinación sinonímica y geográfica de la fauna marina sería justificado tanto en función de una finalidad científica como de una utilidad práctica para el país:

Proporcionará al extranjero el conocimiento de las especies más comunes de nuestros peces de agua salada, evitando de esta manera, en lo futuro, las molestias de averiguación por parte de los industriales, cuyas miras, en vista de la carestía de ciertas clases de peces en Europa, se van dirigiendo á estos países. Y contribuirá á esclarecer la distribución geográfica de muchas especies, demostrando que algunas que se creían únicamente

habitantes de los mares septentrionales, se encuentran también en los meridionales, y que otras viven tanto en nuestras costas, como igualmente en las aguas de Nueva Zelanda, del Cabo de Nueva Esperanza, del Perú, de Chile etc. (Berg, 1895, p.3).

La distribución de la fauna marina exhibía conexiones globales, que desafiaban los límites geográficos y políticos, requiriendo para su estudio la recopilación y comparación de datos a escala internacional. Al igual que en la constitución de otras disciplinas, estas investigaciones implicarían el establecimiento de redes de intercambio de objetos y de información más allá de las fronteras nacionales y de los laboratorios urbanos (Podgorny, Lopes, 2008). Por otro lado, el comentario de Berg remite a cómo la noción de una naturaleza universal se vinculaba con ciertos problemas epistemológicos, pero también con la aparición de un espacio común modelado por el comercio y los mercados. Al igual que otros naturalistas, reconocía la necesidad de inventariar y estandarizar, según la nomenclatura científica internacional, los nombres de las especies de la naturaleza local para hacer de ésta una fuente de recursos más legible para diversos usos comerciales, para su legislación y su promoción en el extranjero. La fauna local debía ser descripta en un lenguaje universal para presentar internacionalmente los recursos “argentinos” y atraer capitalistas. De manera análoga a lo ocurrido en otras disciplinas, las clasificaciones científicas implicarían separarse del lenguaje cotidiano y local de los pescadores y comerciantes e introducir un orden diferente a las clasificaciones dadas por ellos a los productos que vendían. Uno de los problemas era el empleo en cada localidad de distintas designaciones para llamar a un mismo tipo de pez. Además, los pescadores podían dar nombres disímiles a un mismo animal para la etapa juvenil y para la forma adulta. En otros casos, se referían a diferentes peces con un mismo término, a veces por la similitud de su sabor o simplemente porque recurrir a un nombre conocido por el público facilitaba su venta. Por su parte, los naturalistas buscaron homogeneizar los nombres a través de un lenguaje técnico universal y ayudar a eliminar la confusión causada por los distintos términos vernáculos. No obstante, los catálogos y los trabajos científicos mostrarían que a pesar de esos esfuerzos, el mundo científico no escapaba al problema de la proliferación de nombres y reclasificaciones de ejemplares, mostrando que los objetos de la ciencia podían carecer de estabilidad.

El empleo de vapores y la pesca de altura

Al terminar el siglo XIX, algunos empresarios solicitaron permiso al gobierno argentino para operar con vapores pesqueros y redes de arrastre. El Poder Ejecutivo nacional autorizó este sistema de pesca en el río de la Plata y el litoral bonaerense por fuera de la zona de diez millas contadas desde la costa. Esta área, luego reducida a cinco millas, se reservó para los pescadores costeros y las embarcaciones a vela. Una nueva repartición estatal, la División de Caza y Pesca, dependiente de la Dirección de Comercio e Industrias del Ministerio de Agricultura, creado a fines de 1898, se encargó de efectuar los informes y estudios correspondientes para el otorgamiento de esos permisos y la reglamentación de las redes de pesca. Esta división (luego transformada en la de zoología aplicada), dirigida por Fernando Lahille, se ocupó de difundir los potenciales recursos marinos del litoral atlántico y formar colecciones de referencia y para distintas exposiciones. Para ello, Lahille continuó contando con los especímenes provistos

por los comerciantes de pescado de Buenos Aires y por los pescadores costeros de Mar del Plata, a quienes ayudaría en sus reclamos por el uso de la playa frente al avance de la actividad turística en esa villa. También procuró la colaboración de las empresas que comenzaron a utilizar vapores y a explorar nuevas zonas de pesca, estableciendo algunas cláusulas en los permisos concedidos por el gobierno argentino:

El concesionario estará obligado a admitir á bordo de sus buques, en cada expedición, un empleado de la Dirección de Comercio é Industrias encargado de la inspección de la pesca y de efectuar los estudios que se encomienden ... de todas las especies desconocidas para los pescadores que llegase a conseguir el concesionario, le entregará varios ejemplares á la Dirección de Comercio é Industrias para las colecciones de la división de caza y pesca. Llevará también una estadística de las cantidades de pescado extraídas por sus buques con expresión de las diferentes especies y apuntes de los lugares de pesca, y las migraciones de peces más comunes, datos que comunicará mensualmente á dicha Dirección (Argentina, 1899, p.95).

Esta normativa se concretaría parcialmente. Algunos de los primeros empresarios que solicitaron permisos para pescar con vapores no llegaron a desarrollar esta actividad o no duraron mucho tiempo. Las primeras compañías se circunscribieron a la desembocadura del río de la Plata y principalmente a la explotación de la corvina, la principal especie introducida en el mercado porteño desde Montevideo. La más importante de estas empresas fue la uruguaya de Pedro Galcerán, empresario dedicado desde mediados de la década de 1880 a enviar pescado fresco de Montevideo a Buenos Aires. Inicialmente compraba a los pescadores costeros. Luego, organizó su propia flotilla incorporando grandes redes arrastradas por lanchas a motor, generando la queja de los pescadores de Montevideo.³ En enero de 1899, el gobierno argentino le permitió operar por fuera de las diez millas de la costa argentina, lo que traería un problema de jurisdicción con el Uruguay tras la detención de algunos barcos de esta empresa. Ese mismo año, Galcerán colaboró con la División de Caza y Pesca, facilitando costosas redes de arrastre para una expedición marítima que realizó Lahille y sus ayudantes. Hacia 1905, parte de esta empresa fue transferida, en Buenos Aires, a la compañía naviera de Ernesto Arana, que trabajó un par de años con dos pequeños vapores en la desembocadura del Plata, facilitando datos estadísticos sobre las capturas y permitiendo embarcar empleados de la repartición dirigida por Lahille en algunos de sus viajes. Poco después, aparecerían en Buenos Aires otras firmas con vapores pesqueros, incentivados por los beneficios que prometía el comercio de pescado fresco en la plaza porteña. Hacia 1904, los grandes transatlánticos con instalaciones frigoríficas comenzaron a traer desde Southampton y luego del puerto de Vigo, salmones, merluzas y langostas en estado fresco

á un precio tal, que sólo estaba al alcance de las personas pudientes ... Ante la perspectiva que esto significaba, se establecieron entre nosotros Sociedades capitalistas que se proponían explotar esta industria, tomando como punto de mira nuestro incommensurable Atlántico, con todas las perspectivas de un criadero inagotable (Zabala, 1910, p.5).

En 1906 se conformó una sociedad de armadores, conocida como La Pescadora Argentina, iniciando la pesca en gran escala con vapores y redes de arrastre desde el puerto de Buenos Aires. Esta empresa, presidida por Francisco Dumas, abasteció de pescado fresco al mercado

porteño por una década y proveyó diversos ejemplares a la oficina de zoología aplicada, al Museo de Buenos Aires y a algunas exposiciones de la época. Su actividad se inició en 1907 con la llegada de dos *trawler* de 195 toneladas, construidos en el astillero escocés de Hall Russell y compañía. Posteriormente se adquirieron otras embarcaciones, llegando a contar con once *trawlers* al iniciarse la Gran Guerra en 1914. Estos barcos, también llamados chaluteros o arrastraderos, tenían más de 35 metros de eslora, casco metálico, bodegas con capacidad para noventa a 130 toneladas de pescado conservado con hielo y algunos contaban con máquinas refrigeradoras. Estaban equipados con potentes motores para navegar a diez o 11 millas por hora y regular la velocidad para el arrastre en profundidad de la gran red, contando además con guinches a motor para su izado. En cada lance, se remolcaba la red por dos horas, llegando a obtener “hasta 4.090k de pescado; sin embargo, transcurren días enteros sin que se recojan, hasta dar con el cardumen. Si se daba con éste, se podía cargar por completo el buque en poco tiempo” (Zabala, 1910, p.7).

Lo obtenido con la red se volcaba en la cubierta, donde los especímenes eran lavados y clasificados por especies, tirando al mar los que no se comercializaban o consumiéndolos a bordo. Al igual que en los mercados, las tareas de selección y clasificación de los animales habituaron la mirada de los pescadores para detectar las variedades comunes en ciertas zonas y los especímenes anómalos o raros, algunos de los cuales se guardarían para ser determinados por los científicos. Los viajes duraban entre cinco a nueve días y mensualmente se obtenían

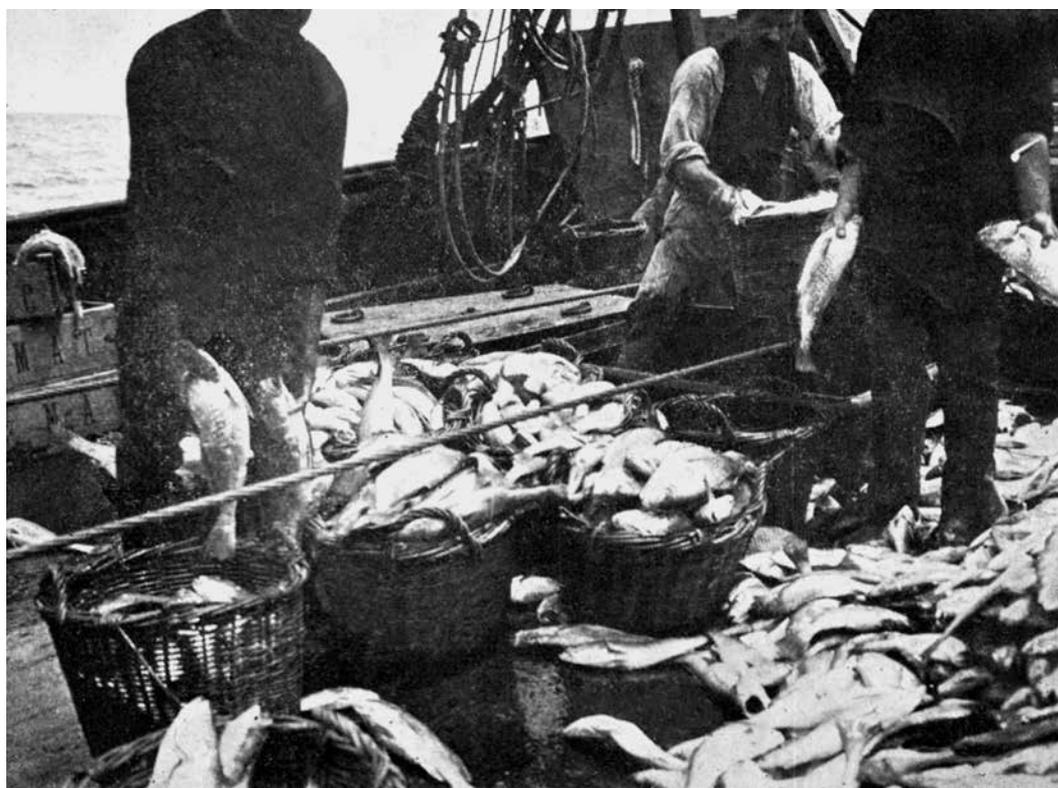


Figura 2: Clasificación de la pesca a bordo de un vapor pesquero (Zabala, 1910)

cerca de 120 toneladas de pescado, desembarcando los productos en Dársena Sur o la Boca del Riachuelo en el puerto de Buenos Aires. Hacia 1909, comenzaron inspecciones sanitarias en esos lugares al igual que en la estación ferroviaria de Constitución, donde llegaba la pesca marítima y de las lagunas de la Provincia de Buenos Aires. En esa época operaban desde el puerto de Buenos Aires dos o tres compañías pesqueras más. Según Villemur (1993), la rivalidad comercial entre estas empresas finalizó con el quiebre de algunas y la absorción de otras por parte de La Pescadora Argentina que quedó dueña de la plaza. Al comenzar la guerra mundial era la única empresa de pesca en el país que actuaba más allá del considerado mar territorial.

Las operaciones de pesca con los arrastreros implicaron la explotación de zonas alejadas de la costa y de mayor profundidad que las alcanzadas por los pescadores costeros de Mar del Plata, que por entonces no pescaban en profundidades mayores de veinte metros. Los barcos de La Pescadora Argentina exploraron la pesca en diferentes sitios del Atlántico como frente al litoral bonaerense, donde encontrarían nuevas variedades de peces que al principio resultaron difíciles de comercializar. Para facilitar su venta, las nuevas formas ictiológicas fueron bautizadas con nombres conocidos por los consumidores:

Al empezar sus campañas, la primera empresa pescadora encontró en abundancia peces que hasta la fecha no habían sido hallados por vivir sin duda en fondos a donde no podían alcanzarlos las pequeñas redes usadas hasta entonces por los pocos pescadores de Mar del Plata. Los peces de que hablo llamaron mucho la atención del público por su clase de coloración de un rojo subido y su cabeza armada de espinas; y como el público no compra en general sino los pescados que conoce o de los cuales ha oído hablar, la empresa pesquera bautizó a éstos con el nombre de rouget, aunque los verdaderos



Figura 3: Medición de la profundidad antes del lance de la red (Zabala, 1910)

rougets pertenezcan a una familia distinta (Triglidae) representada en el país por los rubios (*Prionotus punctatus*). Noté en seguida que se trataba de un pez muy conocido en el Mediterráneo ... Para los habitantes de Mallorca, es el Seran Imperial, para los de Barcelona es el Fanegal, y el mayordomo de la sección de Zoología, que ha vivido mucho tiempo en Logroño, dice que allí lo llaman Cabra. Por fin en Niza, los provenzales le dan el nombre de Cardouniera. Lo que para nosotros es mucho más interesante que estas cuestiones de designaciones populares, es la vastísima distribución geográfica de esta especie. Se encuentra pues no sólo en el Mediterráneo sino también en las aguas profundas del Atlántico (Lahille, 1913, p.5).

Este comentario muestra cómo los naturalistas discutieron o confrontaron sus observaciones con los empleados de sus puestos de trabajo y con las identificaciones o nombres dados por los pescadores de distintas regiones, lo que permitía comprobar la amplia distribución de algunas especies y las conexiones entre los mares de distintas partes del mundo. En otra ocasión, una variedad de la familia del bacalao comenzó a ser encontrada por los barcos de La Pescadora Argentina y rápidamente los vendedores del Mercado del Centro bautizaron a ese pez como “brótola real”, mientras otros hablarían de “bacalao patagónico” o del sur. Algunos ejemplares fueron remitidos a Lahille para su determinación. La captura frente a la costa de Mar del Plata y en aguas profundas de especies de zonas frías y conocidas de la región magallánica mostraba que se podía contar con recursos importantes muy cerca y hacía sospechar de algunas características de las profundidades marinas de la región: “cuya temperatura tiene que ser análoga á la de las aguas más australes. Es de sentir, que los intereses privados de la Compañía de pesca de F. Dumas – intereses muy respetables – no permitan indicar la situación exacta del lugar donde fueron encontrados estos peces, ni siquiera la naturaleza de los fondos correspondientes” (Lahille, 1909, p.10-11).

El presidente de La Pescadora Argentina, Francisco Dumas, donó tortugas marinas gigantes al Museo de Buenos Aires y remitió peces desconocidos y otros organismos marinos a la Sección de Zoología del Ministerio de Agricultura para su determinación y publicidad. Sin embargo, evitó, inicialmente, comunicar las coordenadas de los lugares de pesca por temor a la competencia con las otras empresas que fueron apareciendo en Buenos Aires. A pesar de eso, se reconocía en la época que:

Las ciencias naturales deben agradecer el paulatino conocimiento de la fauna oceánica del Atlántico Austral á una empresa particular ‘La Pescadora Argentina’ ... Debido á esta compañía el Dr. Fernando Lahille ... ha podido reunir elementos importantes para presentar ya clasificados y bien ordenadas las numerosísimas especies de peces, moluscos y crustáceos que viven en nuestros mares. Pero lo que es más importante el Sr. Dumas presidente de esta compañía pescadora está desde tiempo atrás reuniendo datos preciosos sobre el hábitat de cada especie de la fauna ictiológica [sic] (Los peces..., 1910, p.187).

Parte de esas colecciones fueron exhibidas en la Exposición de Agricultura del Centenario, donde participó esta compañía y su presidente mostró la información y los mapas que estaba compilando:

El Sr. Dumas nos hizo ver mapas del océano y de las costas argentinas vecinas donde por los datos que en cada corto viaje informan los capitanes de los ocho buques de pesca, se conocen suficientemente bien los bancos de varias especies de peces, las

migraciones periódicas de otras, la influencia de las corrientes tibias del Norte y de las frías del Sur, en el traslado de ciertas especies, las profundidades varias en que viven unos y otros tipos de peces, la clase de fondos de muchos de los puntos fijos de pesca, la abundancia y escasez de planckton en puntos determinados, la época de la postura de huevos y mil otros detalles obtenidos al principio empíricamente por los capitanes de buques inconscientes á veces de la importancia de ciertos detalles que están obligados á consignar, son después pacientes y sabiamente contraloreados y reunidos en la dirección de la empresa con fines utilitarios pero que serán de alto interés científico para la construcción de un mapa fauno geográfico oceánico sucederá así lo que por desgracia todavía siempre sucede: que la ciencia, en lugar de ser el punto de arranque para darle aplicaciones utilitarias, son estas y los relatos empíricos que llevan á su remolque y encadenada tras de sí á la ciencia tan orgullosa [sic] (Los peces..., 1910, p.188).

Las observaciones y experiencia empírica que iban adquiriendo los capitanes en cada viaje, al ser registradas en diarios de pesca y planillas provistas por la administración de la empresa, luego compilada y sistematizada en tablas y mapas, podían transformar los informes de los pescadores en información de “alto interés científico”. Para los historiadores de la ciencia, esto remite a una cuestión historiográfica importante: el lado colectivo y burocrático de la compilación de datos y la organización del conocimiento. Tal como propone Irina Podgorny, una historia burocrática de la ciencia implica un análisis de los protocolos de registros, los medios que organizan el conocimiento así como los desplazamientos de prácticas de observación entre actividades y saberes diferentes (Podgorny, 2013b). La organización de la pesca de altura constituye un caso interesante para examinar algunas de estas cuestiones, así como las vinculaciones entre esta actividad y el conocimiento del mundo marino. Las interacciones entre las empresas pesqueras y los naturalistas abarcaron una variedad de actitudes y colaboraciones, dadas en muchos casos por las relaciones personales que podían generar los científicos con el personal directivo de las compañías o con algunos capitanes. La Pescadora Argentina, donó colecciones a las instituciones científicas y envió ejemplares desconocidos a Lahille para su determinación, mientras que los trabajos de este naturalista, las noticias en la prensa y las exhibiciones de ejemplares ayudarían a la promoción de los productos comercializados por esa empresa. Con respecto a la información y los mapas compilados por Dumas, no hemos encontrado registros que permitan conocer si fueron publicados o incorporados en trabajos científicos, como se puede observar años después con los registros de los capitanes de los barcos pesqueros de otras compañías. Cabe señalar que en 1916 un gran incendio destruyó las colecciones y archivos de la repartición dirigida por Lahille. Ese mismo año la Pescadora Argentina dejó de operar. La empresa aprovechó los altos precios de los barcos durante la guerra mundial para vender su flota al gobierno ruso.

En la década de 1920, algunas empresas de navegación y armadores desarrollaron nuevamente la pesca de altura desde el puerto de Buenos Aires, ofreciendo el embarque de naturalistas y aficionados a la biología marina y oportunidades para incrementar las colecciones del museo porteño. Entre 1920 y 1940, la compañía Gardella (luego llamada Pesgar S.A.) fue la más importante, llegando a administrar las otras compañías pesqueras de Buenos Aires (Cabeza, 1938).⁴ Contó con una sucursal en la capital uruguaya, cuyo gerente, Luis Galcerán, fue un “entusiasta colaborador” del Museo de Historia Natural de Montevideo, enviando diversos ejemplares obtenidos por los vapores pesqueros y contribuyendo al catálogo

sistemático de los peces uruguayos elaborado por el entonces director de ese museo, Garibaldi Devincenzi. De esta forma, en esos años, las instituciones científicas de ambos lados del Plata contaban con la ayuda de la misma empresa y con los especímenes obtenidos por los mismos barcos, que al incorporarse a las colecciones y a los catálogos publicados por cada museo, pasaban a formar parte de la fauna de cada país.

No fueron muchas las embarcaciones destinadas a la pesca en alta mar que operaron desde el puerto de Buenos Aires. En 1928 se registraban siete *trawlers* (Carpio, 1928) y hacia 1934 se contaban 15 barcos, aunque trabajaban regularmente nueve o diez: tres en la zona de confluencia de las aguas del Plata y el Atlántico y los restantes mar afuera, dedicados principalmente a la captura de la merluza (Cabeza, 1938). Por entonces, la pesca obtenida se comercializaba en estado fresco, principalmente a través del mercado interno de consumo “Intendente Bullrich” de Buenos Aires, el “lugar de concentración y emporio comercial de toda la pesca marítima, fluvial y lacustre del país”. En ese ámbito, al iniciarse la década de 1920, se realizaron exposiciones de la fauna marina y de la industria pesquera. En esos años y hasta su reemplazo, en 1935, por un nuevo mercado con instalaciones frigoríficas, fue el mercado más visitado por los naturalistas argentinos y extranjeros, incluidos los zoólogos de las primeras campañas de la comisión inglesa del *Discovery*. Con el aumento de la actividad pesquera, especialmente con lo capturado por los *trawlers*, el espacio del mercado continuó ofreciendo “descubrimientos” y oportunidades de observar la variabilidad morfológica y el dimorfismo sexual de las especies en venta o seleccionar las formas típicas de algunos animales entre cientos de ejemplares. En los trabajos de varios naturalistas argentinos y visitantes extranjeros, se mencionarían las visitas a estos lugares hasta inicios de la década de 1930, época en que se produjeron ciertas transformaciones en la comercialización del pescado con las tecnologías de enfriamiento y congelamiento. Un aspecto a seguir profundizando es el impacto de las diferentes modalidades de captura, transporte y comercialización de los especímenes en la historia de las prácticas científicas y la producción de conocimiento.

Las publicaciones de los naturalistas argentinos del período examinado dan cuenta de los lugares y la forma de reunir material de estudio, mostrando la combinación de distintos sitios de observación y la importancia de la pesca comercial para las investigaciones de la fauna marina. Así, por ejemplo, el zoólogo Tomás Marini (1928, p.274), señalaba:

Prosiguiendo mis investigaciones acerca del género *Raia* en las aguas argentinas, he continuado mis visitas periódicas al mercado Bullrich, de esta Capital, y me ha sido dado encontrar ejemplares de especies que no figuraban en las colecciones del Museo Nacional de Historia Natural de Buenos Aires y que son, también, nuevas para nuestra fauna. Asimismo, he tenido la suerte de coleccionar algunas novedades en varios viajes efectuados a bordo del *Angélica*, barco pesquero de la empresa Gardella y compañía. Por otra parte, el capitán don Carlos Alexandersson, de la misma compañía, persona de ponderado espíritu de observación, tuvo oportunidad de favorecernos con numerosas piezas de sumo interés, además de datos de mucha importancia para el conocimiento de nuestra fauna marina y su distribución geográfica ... en el mes de marzo último concurrí al puerto de la Capital, en momentos en que se descargaba el pescado procedente de un viaje, efectuado en el Atlántico por el vapor *Maneco*; en esta oportunidad observé varios cajones de rayas. Éstos fueron obtenidos al este de Cabo San Antonio, a una profundidad de 100 a 150 metros. Tomé tres ejemplares, un macho muy desarrollado,

y un macho y una hembra de menos tamaño, los cuales se conservan en las colecciones del Museo Nacional.

De esta forma, para coleccionar novedades se podía recurrir a paseos matutinos por el mercado y hurgar en los puestos de venta; embarcarse en vapores pesqueros y aprovechar para coleccionar los animales sin valor comercial que aparecían en la red y que por lo general se devolvían al mar; o visitar el puerto cuando los pescadores descargaban la pesca obtenida y clasificada por especies. En los puertos, también se podía contactar la colaboración de capitanes y pescadores y encargar la búsqueda de ejemplares de determinados grupos biológicos. Algunos capitanes de vapores pesqueros, como el sueco Oloff (en Argentina, Carlos) Alexandersson, acumularon años de experiencia y observaciones sobre las condiciones, las zonas y las épocas del año en que se hallaban los peces de mayor valor comercial y otras especies sin importancia económica que aparecían en la red de arrastre. Alexandersson, por ejemplo, pescaba en esta parte del Atlántico desde 1908 y lo hizo, por lo menos, por tres décadas más, formando a su hijo en el mismo oficio (Reel, 16 jun., 1934). Fue capitán de los pesqueros Undine y Maneco de la compañía Gardella, donde se embarcaron empleados y colaboradores del museo porteño, así como otras personas y periodistas. En varios trabajos científicos se agradecía la información y los ejemplares facilitados por este capitán, quien también donó y vendió colecciones de invertebrados marinos y peces al museo porteño. Frecuentemente, los especímenes eran acompañados con la profundidad y las coordenadas del área de pesca.

En la década de 1920, las zonas de pesca ya no se mantenían en secreto. Los barcos se encontraban en esas áreas y permanecían varios días a la vista unos de otros. En general, se estacionaban a unas doscientas a trescientas millas de la costa (a unas treinta horas de navegación de Buenos Aires), en parajes donde abundaban los peces comercializables, especialmente la merluza. Por entonces, se conocían dos zonas de captura, las migraciones, los momentos del día, las profundidades y las temperaturas del agua donde se movían las merluzas. Los capitanes de pesca fueron acumulando observaciones y experiencia para detectar los mejores lugares para lanzar la red, asociando la mayor presencia de estos peces a determinadas temperaturas y clases de fondo (Carpio, 1928). También manejaban un conocimiento práctico de las condiciones meteorológicas y de las corrientes de la zona y algunas noticias sobre la configuración y la naturaleza del suelo marino, elementos que se tenían en cuenta para echar la red y evitar su deterioro. Antes del lance de la red, se sondeaba la profundidad del área, ya que la longitud de los cables de arrastre guardaba relación con la profundidad y los animales que se procuraban. La medición de la temperatura del agua, con termómetros de fondo que disponían algunos barcos, y la detección de los tipos de fondos podía ayudar a detectar los cardúmenes que no se observaban a simple vista desde cubierta. Parte de estos datos eran registrados en los diarios de pesca, donde por cada lance de la red se anotaba la posición del barco (empleando el sextante para medir la altura del sol y determinar la latitud y/o calculando las coordenadas geográficas por estima), la hora, la temperatura, la profundidad en brazas y los kilos de pescado obtenidos (cf. Carpio, 1928).

Las referencias sobre las coordenadas geográficas y las profundidades de pesca de los peces, moluscos y otros invertebrados marinos remitidos por los capitanes o la firma Gardella al museo porteño se consideraban datos “aproximados”, pero suficientes para los estudios

generales. Esas indicaciones eran chequeadas y confrontadas con otras fuentes de información en el museo:

En cada caso lo hemos controlado con las cartas náuticas, a fin de cerciorarnos si las posiciones señaladas coinciden con las profundidades. Debe tenerse en cuenta además que la posición que los barcos consignan es aquella donde pasan varias horas para echar las redes y volver a recogerlas, navegando, mientras tanto a pequeña velocidad, varias millas, en una u otra dirección; de modo pues, que los puntos marcados por las coordenadas geográficas deben tomarse como situaciones medias alrededor de las cuales se han efectuados los rastreos, pudiendo, por tanto, variar en fracciones de grado hacia uno u otro lado. Por otra parte, ésta es la forma usual en que los barcos pesqueros realizan sus operaciones, y así es como, en muchas partes del mundo, han contribuido tan eficazmente a los progresos de la oceanografía biológica. En los casos en que los barcos han señalado su posición, pero no la profundidad, ésta ha sido deducida de las cartas náuticas y el dato respectivo se consigna entre paréntesis (Doello Jurado, 1938, p.281).

De esta forma, los informes de los capitanes y pescadores se podían articular con varias fuentes de información y con los datos recogidos por los naturalistas embarcados, como mencionaría el encargado de la Sección de Peces del Museo de Buenos Aires, Antonio Pozzi (1945, p.367):

En los sucesivos viajes que he realizado a bordo de los buques oceanográficos de la Armada Argentina, y en los barcos pesqueros ‘Trawler’ de la compañía Pesgar; a la vez que el estudio comparativo de los resultados obtenidos por los barcos pesqueros Maneco y Undine, en más de ochenta viajes efectuados de 1925 a febrero de 1934, se ha podido establecer la amplitud de los desplazamientos o movimientos migratorios que cumplen las merluzas (énfasis en el original).

Los capitanes de los vapores pesqueros fueron acumulando observaciones sobre la clase de fondos y temperatura en que abundaban los peces comerciales, especialmente en torno a las zonas de pesca, migraciones, alimentación y comportamiento de las merluzas, el principal producto explotado por estas empresas. Los diarios y las anotaciones de estos marinos, aunque no fueran tan exactos como los datos obtenidos en las expediciones hidrográficas y los buques oceanográficos de la Armada, ofrecían información sobre zonas no frecuentadas por la navegación mercante o militar y observaciones reunidas a lo largo de varios años y decenas de viajes. Curiosamente, aunque los naturalistas de la época reconocieron las contribuciones de los actores ligados a las actividades pesqueras, estas vinculaciones han sido poco atendidas en la historiografía de las ciencias marinas.

Consideraciones finales

En este trabajo se han explorado algunos aspectos de la relación entre las ciencias naturales y el incipiente desarrollo de la pesca comercial marítima. Esta actividad proveyó oportunidades para iniciar el estudio científico de peces y otras especies marinas y su presentación al público general a través de distintas exposiciones. Los ejemplares comercializados en Buenos Aires contribuyeron a la ampliación de los acervos de los museos y a la identificación de nuevas especies para la fauna “argentina”. Los *trawlers*, dedicados a la pesca de altura frente al

litoral bonaerense y que trabajaron desde el puerto de Buenos Aires, también facilitaron la formación de colecciones y el “descubrimiento” de nuevas especies. Asimismo, ofrecieron a los naturalistas la posibilidad de realizar salidas al mar y de contar con registros acumulados en años de sondeos y pesca en el mar epicontinental. Los sectores científicos generaron otras interacciones, a veces de forma ocasional y en otros casos más sostenidas en el tiempo, con los consignatarios de pescado en Buenos Aires, los pescadores de Mar del Plata y posteriormente con los de otras localidades de la costa atlántica argentina. Las relaciones entre estos sectores, lejos de una cooperación utópica, abarcaron una gama variada de comportamientos, actitudes e intereses.

Los científicos no solo recibieron especímenes de los pescadores, sino también información acerca de sus ciclos de vida, épocas de reproducción, migraciones, zonas de pesca así como sobre los colores y otras características presentes en los especímenes recién sacados del mar que frecuentemente se modificaban con el paso del tiempo y el transporte. Con ellos, los naturalistas discutieron las interpretaciones de cada uno, confrontaron saberes e identificación de especies. Como se intentó mostrar en este trabajo, los puestos de los mercados, las radas de pescadores y los barcos pesqueros pueden ser considerados sitios de consecuencias cognitivas, en tanto espacios que median la naturaleza y el museo, diferentes culturas y formas de conocimiento. Estos “spaces in between” (Klemun, 2012) forman parte de los circuitos de movilización y formación de colecciones e interpretaciones, donde intervienen una variedad de diferentes actores, habilidades, saberes y tecnologías. El conocimiento sobre la fauna marina argentina iba tomando forma en la intercesión de estos espacios y entre las prácticas científicas, el acceso al mar y la explotación de los recursos. De esta forma, lo visto, lo escuchado y lo recolectado en los mercados, los muelles de pescadores, las playas y la cubierta de los barcos, sumado a los catálogos y las publicaciones científicas de diferentes instituciones del mundo, ayudaron a modelar las descripciones científicas sobre los habitantes del mar.

AGRADECIMIENTOS

A Andrea Pegoraro y Hugo López por facilitarme algunos documentos y publicaciones. A Irina Podgorny, por la lectura del manuscrito y sus comentarios.

Este trabajo forma parte del proyecto PIP 0116 – CONICET.

NOTAS

¹ Para la confección de ese catálogo, Berg combinó el estudio de los ejemplares capturados por los pescadores de Montevideo y Maldonado en la costa uruguaya y por los de Mar del Plata y Bahía Blanca en el litoral argentino; con las observaciones que había realizado en un viaje por mar a Patagonia, en 1874, y los resultados publicados por diversos viajeros y expediciones del siglo XIX.

² Archivo de la Provincia de Buenos Aires, Tribunal de Cuentas, Legajos del Museo de La Plata.

³ Tras una huelga en 1898, los pescadores uruguayos consiguieron que el gobierno atendiera su pedido de prohibir el sistema de pesca de la firma Galcerán, aduciendo que perjudicaba a los pescadores en bote y destruía enormes cantidades de pescado y sus crías (Pescado..., 14 oct. 1898). Para continuar sus actividades, Galcerán solicitó autorización al gobierno argentino para pescar en el estuario del Plata y la costa atlántica.

⁴ La empresa Gardella dejó de operar en 1942. Parte de su flota pasó a integrar la División Pesca de la Flota Mercante del Estado, al estatizarse la compañía por liquidación judicial (Fermepin, Villemur, 2004).

REFERENCIAS

- ARGENTINA
Registro Nacional de la República Argentina, Buenos Aires, Talleres gráficos de la Penitenciaría Nacional, v.2. 1899.
- BERG, Carlos.
Enumeración sistemática y sinonímica de los peces de las costas argentina y uruguaya. *Anales del Museo Nacional de Buenos Aires*, t.4, p.1-120. 1895.
- CABEZA, Félix.
Métodos y medios de pesca en la Argentina. Su importancia sanitaria e industrial (año 1934). *Anuario de la Facultad de Medicina Veterinaria*, v.2, n.1, p.143-175. 1938.
- CACOPARDO, Fernando (Ed.).
Mar del Plata. Ciudad e historia. Buenos Aires: Alianza-UNMDP. 1997.
- CARPIO, Pedro.
La pesca de altura en la Argentina. *Boletín del Centro Naval*, t.46, n.470, p.103-114. 1928.
- COOK, Harold.
Matters of exchange: commerce, medicine and science in the Dutch golden age. New Haven: Yale University Press. 2007.
- DOELLO JURADO, Martín.
Nuevos datos sobre fauna marina continental de la Argentina y del Uruguay. *Physis*, t.12, n.44, p.279-292. 1938.
- FERMEPIN, Raúl; VILLEMUR, Juan.
155 años de la pesca en el mar argentino. Buenos Aires: Instituto de Publicaciones Navales. 2004.
- FINDLEN, Paula.
Possessing nature. Museums, collecting, and scientific culture in early modern Italy. Berkeley: University of California Press. 1994.
- GALLARDO, Ángel.
Carlos Berg. Reseña biográfica. *Anales del Museo Nacional de Buenos Aires*, t.7, p.IX. 1902.
- GARCÍA, Susana.
El estudio de los recursos pesqueros en la Argentina de fines del siglo XIX. *Revista Brasileira de História da Ciência*, v.2, n.2, p.202-221. 2009.
- KLEMUN, Marianne.
Introduction: "Moved" natural objects – "Spaces in between". *HOST, Journal of History of Science and Technology*, v.5, spring, p.7-16. 2012. Disponible en: http://johost.eu/vol5_spring_2012/johost_vol5_2012.pdf
- KUKLICK, Henrika; KOHLER, Robert.
Introduction. *Osiris*, v.11, p.1-14. 1996.
- LAHILLE, Fernando.
Nota sobre siete peces de las costas argentinas. *Anales del Museo Nacional de Buenos Aires*, t.24, p.1-20. 1913.
- LAHILLE, Fernando.
Peces criollos. *Boletín del Ministerio de Agricultura*, t.9, n.1-3, p.10-11. 1909.
- LAHILLE, Fernando.
Apuntes sobre la industria de la pesca en Mar del Plata. *Boletín de Agricultura y Ganadería*, v.1, n.8, p.3-18. 1901.
- LAHILLE, Fernando.
Notas sobre la industria de la pesca en la Provincia de Buenos Aires. *Revista del Museo de La Plata*, v.7, p.157-168. 1895.
- LOPES, Maria Margaret; PODGORNÝ, Irina.
Caminos cruzados: el Museo Nacional de Historia Natural de Montevideo en la documentación del Museo Nacional de Buenos Aires. *Ciencia Hoy*, v.10, n.57, p.15-20. 2000a.
- LOPES, Maria Margaret; PODGORNÝ, Irina.
The shaping of Latin American museums of natural history, 1850-1990. *Osiris*, v.15, p.108-118. 2000b.
- LOPEZ, Hugo; AQUINO, Adriana.
Fernando Lahille. Ictiólogo. *Museo*, v.2, n.8, p.19-24. 1996.
- LOS PECES...
Los peces argentinos en la exposición de agricultura. *Revista del Jardín Zoológico de Buenos Aires*, v.6, n.23, p.187-188. 1910.
- MARINI, Tomás.
Sobre tres especies del género "Raia", nuevas para las aguas argentinas. *Physis*, v.9, n.33, p.274-282. 1928.
- MATEO, José.
Gente que vive del mar. La génesis y el desarrollo de una sociedad marítima y una comunidad pescadora. *Prohistoria*, v.7, n.8, p.59-86. 2004.
- MATEO, José.
La pesca en la Argentina agroexportadora. *Nexos*, v.9, n.15, p.21-26. 2002.
- PASTORIZA, Elisa (Ed.).
Las puertas al mar. Consumo, ocio y política en Mar del Plata, Montevideo y Viña del Mar. Buenos Aires: Biblos. 2002.
- PESCADO...
Pescado de Montevideo. *La Nación*, Buenos Aires. 14 oct. 1898.
- PODGORNÝ, Irina.
Fossil dealers, the practices of comparative

anatomy and British diplomacy in Latin America, 1820-1840. *British Journal for the History of Science*, v.46, n.4, p.647-674. 2013a.

PODGORNY, Irina.

Hacia una historia burocrática de la ciencia.

In: Sanhueza, Carlos (Ed.). De idas y vueltas.

Transferencia de saberes entre Europa y las

Américas. Coloquio Internacional Abate Molina,

2. Universidad de Talca. 2013b.

PODGORNY, Irina.

Mercaderes del pasado: Teodoro Vilardebó, Pedro

de Angelis y el comercio de huesos y documentos

en el Río de la Plata, 1830-1850. *Circumscribere*.

International Journal for the History of Science, v.9,

p.29 -77. 2011.

PODGORNY, Irina.

El argentino despertar de las faunas y de las gentes

prehistóricas. Coleccionistas, museos, estudiosos y

universidad en la Argentina, 1875-1913. Buenos

Aires: Eudeba/Libros del Rojas. 2000.

PODGORNY, Irina; LOPES, Maria Margaret.

El desierto en una vitrina. Museos e historia

natural en la Argentina, 1810-1890. México:

Limusa. 2008.

POZZI, Aurelio.

El problema de la carta pesquera. *Anuario Rural*,

año 13, n.13, p.366-368. 1945.

REEL, Capitán (pseudónimo de Carlos E.M.

Manguno Escalada).

La vida heroica de los trabajadores del mar. *Caras*

y *Caretas*. 16 jun. 1934.

VILLEMUR, Juan.

Evolución de la actividad pesquera en la

República Argentina. In: Argentina. Armada.

Departamento de Estudios Históricos Navales.

Historia marítima argentina, t.10. Buenos Aires:

Departamento de Estudios Históricos Navales.

1993.

ZABALA, Joaquín.

La industria de la pesca en la República Argentina

considerada bajo el punto de vista económico é

higienico. *La Semana Médica*. 1910.

